

Ante el Problema Económico

Un cuadro expresivo. Formas las más diversas revisten las pasiones del corazón humano. De la misma raíz brotan con frecuencia frutos tan desemejantes que resulta aventurado incluirlos en la misma familia. Hijo de inexperiencia, de la ligereza y de cierto exhibicionismo era el afán de un príncipe, empeñado en provocar una guerra. Quería jugar y el deporte más adecuado para satisfacer su inquietud era la guerra; hombres contra hombres; pueblos contra pueblos. Las emociones en el planear de las campañas, los altibajos de la suerte indecisa en las batallas, las exaltaciones del triunfo y la imposición de la paz, bien valían la sangre de los hombres y la ruina de las ciudades. Alto era el precio, pero inmenso el placer que con él se compraba. Vanas resultaban las reflexiones del padre, que, a sentimientos más humanos, añadía la escuela de la experiencia. Y para convencerlo de manera sensible ordenó a un gran artista que en un cuadro amontonara las calamidades de la guerra. Trazó el pincel del artista un panorama desolador. Brillaban en el fondo ciudades pasto de las llamas; arrasados los campos; destruida la industria; vagando indecisos, con la angustia en el alma y el terror en los ojos, ancianos y niños indefensos, mujeres inermes y por todo el centro corría un río. Su corriente no estaba formada por agua, sino por cadáveres que de lo alto de una presa acababan por sumirse en un abismo: el abismo de la muerte. Debajo, una llamativa inscripción: FRUCTUS BELLI: LA COSECHA DE LA GUERRA.

Una omisión. Pero no quedaba expresado en el cuadro con suficiente relieve un efecto subsiguiente a toda guerra: la relajación moral. Sobre todo, las guerras modernas que prácticamente absorben a toda la nación, borrando las líneas divisorias entre la vanguardia y la retaguardia, producen a su término una reacción de libertinaje y anarquía, respuesta a la serie de restricciones necesarias, violentamente impuestas durante la contienda. Y esta reacción repercute de manera directa e inmediata en el campo económico.

Rota la organización económica con la incorporación repentina a filas de fuertes contingentes trabajadores y directores; pospuestas todas las explotaciones a las bélicas, sobreviene necesariamente en muchos artículos la falta o la escasez. Ante el desequilibrio de la oferta y la demanda, surge el alza de precios. Los contratos de los Gobiernos, por su cuantía y urgencia, halagan a las empresas con beneficios extraordinarios. En el desorden que se origina halla la codicia campo fecundo donde explotar a su favor las necesidades humanas.

La post-guerra. El tránsito de la guerra a la paz, por lo mismo que presupone un desorden tan intenso, es sumamente difícil. Hasta alcanzar los niveles de la preguerra en los diversos campos, son necesarios a veces años y muchos años. Basta pasar revista a lo que sucede actualmente. Con esto, muchos métodos ilícitos aun durante la guerra, tratan de introducirse como normales aun después en la paz. Para ello se prolonga o se provoca la escasez mediante acaparamientos, y las mismas empresas productoras cebadas con los altos beneficios bélicos, se resisten a descender a los precios corrientes de la paz. Multiplicanse para ello los intermediarios artificialmente, creados a veces por las mismas empresas. No hay hierro, ni madera ni carros...; pero en cambio se le señalan inmediatamente al comprador firmas que se comprometen a suministrarle en seguida cuanto desee. Hace pocos meses una gran fábrica de Estados Unidos no podía proporcionar un kilo de hierro: pero no faltó en la misma fábrica quien le indicase al comprador firmas que le ofrecían a millares las toneladas. Confrontados los precios de fábrica e intermediario, la diferencia en precios, dejaba una pingüe ganancia para la Empresa.

El desbarajuste. Estas prácticas que por extrañas podrían tener su explicación en las circunstancias anormales, quieren tomar carta de ciudadanía en las transacciones normales. Hoy la Bolsa negra se ha convertido en mal endémico y general de muchas naciones.

Los Gobiernos han querido decapitarla; pero halla medios con que esquivar el golpe. Una situación pareja provoca desde luego el alza de precios y somete las actividades humanas a oscilaciones de precios tan arbitrarias como frecuentes, que resulta temerario la forma de contratos en forma concreta. Por esta razón, las cláusulas vienen apuntadas con tantas salvedades, por evitar desagradables sorpresas. El presupuesto de hoy, holgado para la empresa que se acomete con cálculos prudentiales, resulta mañana a todas luces insuficiente por la repentina variación de precios o por la carencia total de materiales que es necesario arrancarlos de las garras de los acaparadores mediante la ganzáa monetaria. Esta práctica con circulación normal paraliza actividades y provoca situaciones de desconfianza, retardadoras cuando menos, de la recuperación económico-social.

Buscando remedio. A buscar remedio para muchos males de la índole del que acabamos de apuntar, dirigió sus esfuerzos el Congreso de Política de los Cambios Internacionales, que acaba de reunirse en Roma. Quisieron muchos de los Congresantes visitar al Papa, Pío XII, y él con esa oportunidad y precisión que le caracterizan, expuso principios de la mayor importancia.

Fin de la vida económica. Comienza por asentar con claridad meridiana el fin de la vida económica. He aquí sus palabras: "Quien dice vida económica, dice vida social. El fin a que ella tiende por su misma naturaleza, y al que los individuos están igualmente obligados a servir en las diversas formas de su actividad, consiste en poner de manera estable al alcance de todos los miembros de la sociedad las condiciones materiales exigidas por el incremento de su vida cultural y espiritual".

Pero no puede llegarse a esa meta sin grandes sacrificios y pensar que se conseguirán efectos seguros y duraderos sin normas sociales, o por medio de cierto automatismo que obligará a las aguas económicas a abrirse por sí mismas un cauce de curso normal, es una utopía tan vana como perjudicial.

"En esto, dice el Papa, no es posible obtener algún resultado sin un orden exterior, sin normas sociales que miren a la consecución durable de ese fin y el recurso a un mágico automatismo es

una quimera no menos vana para la vida económica que en cualquier otro campo de la vida en general".

Libertad. Pero si es locura pensar que las situaciones se arreglen automáticamente, es también inaceptable el otro extremo de idear un sistema de normas que reduzcan al hombre a una mera máquina del Estado. Ni anarquía ni esclavitud. La vida económica es para el hombre y de su recta organización deben surgir los valores humanos salvaguardados y en vías de más pleno y armónico desarrollo. Es precio excesivo y antihumano la entrega de la libertad, por cierto bienestar material que pronto dejará de serlo, si se le exige el continuo sacrificio de bienes que constituyen el alma de su ser.

"La vida económica, afirma el Papa, vida social, es vida de hombre y por ende no puede concebirse sin la libertad. Pero esa libertad no puede ser ni la fascinadora pero engañosa fórmula de hace cien años, esto es, una libertad puramente negativa, de la voluntad reguladora del Estado, ni tampoco la pseudo-libertad de nuestros días, de someterse al comando de gigantescas organizaciones. La genuina y sana libertad no puede ser sino la libertad de hombres, los cuales, sintiéndose solidariamente ligados al fin objetivo de la economía social, tienen derecho a exigir que la organización social de la economía, lejos de provocar el menor atentado contra su libertad en la elección de los medios para ese fin, la garantice y la proteja. Esto vale con igual título ya se trate de trabajo independiente o dependiente, porque respecto al fin de la economía social, todo miembro es sujeto y no objeto de la vida económica".

La gran norma. Negros intereses se entrecruzan en las actividades humanas, más cuando se trata del dinero, llave mágica que abre todas las puertas, y en épocas como la nuestra, saturadas de materialismo, principio predominante en la filosofía de la vida.

Claro está que el hombre debe buscar en sus actividades su utilidad, pero no por eso debe echar mano de todos los medios, sea cual fuere su naturaleza ética. Lo contrario sería glorificar al gangster.

Ni porque se halle dentro de una estricta ordenación moral, puede prescindirse del medio y la sociedad en que se

vive; porque hay obligación de mirar por el bien común y de conjugar los intereses de todos, con sacrificios de parte y parte que se verán premiados con un bienestar más general y una seguridad más estable.

Lo que se afirma del individuo, revisite gravedad mucho mayor cuando entran en la contienda ambiciones nacionales, organizaciones internacionales, por ser más amplio el radio de su acción, más cuantiosos sus recursos y más peligrosas las armas de que se valen para la imposición de sus intereses. Vale extender al orden internacional lo que decíamos del sector individual. Buen interés producen ciertos sacrificios nacionales cuando brota de ellos la confianza, la benevolencia y la seguridad internacional. Quien quiera ver el fruto de esa política, pase revista a la actual gravísima situación internacional, hija de la política de egoismos rastrosos. Debemos podar nuestras ambiciones, frenar nuestros egoismos de naciones, razas, etc., y desterrar ciertas reacciones, fuentes de conflicto y malestar. A eso apunta claramente el Papa cuando dice:

"Pero sobre todo se impone que la victoria sobre el funesto principio de la utilidad como base y regla del derecho; la victoria sobre aquellos gérmenes de conflicto que consisten en discrepancias demasiado estridentes, y a veces fijadas por la coacción en el campo de la economía mundial, la victoria sobre el espíritu de frío egoísmo, traiga consigo aquella solidaridad jurídica y económica, que es la colaboración fraterna, según los preceptos de la ley divina entre los pueblos, con la garantía de autonomía y de su independencia. La fe en Cristo y la observancia de sus mandamientos de amor son las únicas que podrán conducir a tan benéfica y saludable victoria".

Forjando el porvenir. Por la cuantía y complejidad de los problemas económicos, requiere su manejo y administración, hondo estudio y meticulosa diligencia. Amantes de radicalismos, calificamos los desajustes y desarreglos, como defectos inherentes de un sistema y juzgamos preferible cualquier otro que se nos antoja mejor solo por la novedad o por no haber palpado sus inconvenientes.

En las cátedras de universidad se forja el futuro de la patria. De ellas saldrán los gobernantes o técnicos que, con la mano en el timón, imprimirán el rumbo y dirección de los negocios públicos. Bastará cualquier desvío o desorientación para que emprendan las naciones carrera peligrosa en su economía. La misma gravedad de los problemas y la delicadeza de los valores que se barajan, exigen de todos suprema vigilancia. En el fondo de todo problema humano late un problema religioso y es evidente que, ahondando en los problemas económico-sociales, muy pronto daremos con una base ético-religiosa que no se puede desechar ni soslayar. La estabilidad y acierto del sistema arrancará del respeto que tengamos a esos básicos principios y puesto que se trata de resolver problemas humanos, cae de su peso que no pueden pasarse por alto, ni el origen del hombre, ni su destino ni su naturaleza ni sus legítimas aspiraciones. Bello es el colofón con que Pío XII cierra sus palabras:

"Bástenos concluir nuestras palabras con el voto de que en las escuelas profesionales y en las Universidades, se inculquen debidamente estos principios de la vida económico-social. La urgencia de superar el espíritu materialista de nuestro tiempo, aun en el campo económico, lo exige así. En la medida en que contribuyáis a hacer germinar y fructificar en la inteligencia de la juventud, y por lo mismo en la de las generaciones futuras, este sentido espiritual y social aun en materia económica, cooperaréis vosotros poderosamente al progreso de vuestra cara Patria en la estima y el amor del trabajo, en la colaboración confiada de todos sus hijos, a la reintegración de su economía en la vida económica internacional. Tal es a nuestro juicio vuestro ideal. Rogamos a Dios que os ayude con su gracia a ponerlo por obra".

Bello ideal que al pasar del campo de las teorías y aspiraciones a su implantación real, será principio de mayor bienestar material y espiritual en los pueblos.

Victor IRIARTE,